

# Ethos y valores en el proceso histórico-político de Venezuela

Mikel Viana SJ. (\*)

## Resumen

El autor aborda el tema del ethos y valores que han guiado el proceso histórico-político de Venezuela, en ese sentido hace un recorrido teórico desde la sociedad feudal hasta la sociedad moderna de los nuevos tiempos, poniendo al descubierto la relatividad histórica de las valoraciones morales, para concluir señalando cómo la sociedad venezolana actual, se caracteriza desde el punto de vista de la Sociología de la Ética, por ser una sociedad penetrada por una regla preferencial de conducta en la que priva el principio de "maximizar las ventajas materiales inmediatas para mí y para mi estricto grupo primario de pertenencia, suponiendo que todos los demás harán exactamente lo mismo".

Esta regla nos explica, entre otras, las lealtades y responsabilidades reducidas y el bloqueo de iniciativas grupales orientadas al bien común.

### Términos claves.

Anomía, ethos y valores venezolanos,  
Sociología de la Ética, crisis moral  
venezolana.

## Abstract

The author explores the themes of ethos and values which have influenced the historical-political process in Venezuela. In this sense he takes a theoretical look at society dating from feudal times up until the present day, bringing to light the historical relevance of moral values. In conclusion, he demonstrates how present day Venezuelan society, from a sociological and ethical point of view, is characterized as a society permeated by a preferential rule of conduct which the following tenet upholds, "I'm going to maximize any immediate material advantages for myself and for the particular social group to which belong, considering that everyone else does exactly the same". This rule of conduct explains, among other things, the loyalties and diminished responsibilities and the effective blockade of group initiatives directed towards the common good.

### Key terms:

Anomia, Venezuelan ethos and values.  
Ethical Sociology, Venezuelan moral  
crisis.

(\*) Profesor de la Escuela de Ciencias Sociales  
Universidad Católica Andrés Bello  
Caracas

**H**ablar hoy de ethos y valores en nuestra sociedad, se ha convertido inesperadamente en un lugar común. En efecto, hace algunos años habríamos iniciado el discurso sobre la ética constatando la sospecha acerca de su desatino. En los días que corren, la generalización de la crisis parece haber sembrado la convicción acerca de sus raíces éticas.

#### RELATIVIDAD HISTÓRICA DE LAS VALORACIONES MORALES Y CAÍDA DEL ORDEN TRADICIONAL

Plantear el tema del ethos y los valores que han guiado el proceso histórico-político de Venezuela, es decir, preguntarse por la relación entre valores e historia, valores y sociedad, presupone el reconocimiento de la relatividad de las normas morales y la conciencia del derrumbe de una moral que se cifraba en un orden normativo estable, basado en la "naturalidad humana" supuestamente inmutable. El derrumbe de ese orden normativo estable se produjo no tanto por la creciente conciencia de la relatividad de las normas morales, cuanto por la incapacidad de aquel orden moral tradicional para adaptarse y responder a los cuestionamientos de la modernidad.

El hecho es que las formas concretas de vida — los comportamientos efectivos y reales — están sometidas al condicionamiento de los factores económico, social y político. A ese influjo no escapan las ideas y valores morales y las normas que tratan de tutelarlos, haciéndolos operativos. A su vez, el ethos de una sociedad, lejos de ser un producto mecánico, un epifenómeno de la economía, de las relaciones sociales y de la política, contribuye a configurar conductas que cristalizan en las estructuras de la convivencia. Conviene recordar, de todos modos, que las "estructuras sociales" carecen de realidad empírica y que siempre son abstracciones de la acción regular y cristalizada de los individuos concretos.

Notiene mucho sentido preguntarse qué es anterior, ni cuál elemento es determinante en la relación sociedad-valores, sociedad-ethos. La relación es matizada, variable y siempre recíproca.

#### LA ÉTICA COMO PROYECTO ANTROPOLÓGICO

Por otro lado, las normas y valores que configuran el horizonte ético de una sociedad, lejos de presentarse a los individuos como "objetos", como "cosas" para ser contempladas, se presentan como un "proyecto"; más claramente como un proyecto humano o antropológico. Detrás de los valores se esconde más o menos conscientemente una subyacente visión del hombre autocomplido: en último término, la estructura de valores de un ethos determinado es la "ecografía del modelo deseable de hombre" en una determinada sociedad. De ese proyecto antropológico emerge una jerarquía de bienes que lo concretan y particularizan. Las normas morales tutelan, protegen, garantizan la vigencia de ese modelo antropológico a los niveles concretísimos de la conducta cotidiana.

Preguntarse por los valores que han guiado el proceso histórico venezolano, es preguntarse en último término por el modelo de hombre, por el proyecto antropológico que ha sido buscado, pretendido, impuesto, padecido por nuestro pueblo hasta el día de hoy.

#### EL ETHOS TRADICIONAL

Y para entendernos, conviene considerar al inicio de esta reflexión el ethos de las sociedades tradicionales del pasado histórico. El modelo típico es el de la sociedad feudal; en ella el proceso económico estaba subordinado a las necesidades humanas. Los hombres se agrupaban en estamentos claramente delimitados e identificados por la posición y función que desempeñaban en la colectividad. La producción estaba ordenada y determinada por el consumo; pero el consumo a su vez era determinado precisamente por la posición social de los actores. La nobleza no es productora de riqueza, sino que vive en el lujo y el despilfarro lúdico; los caballeros no hablan de dinero — que es cosa de mercaderes — porque la función del dinero es su gasto: la riqueza no se atesora

para ponerla al servicio de la producción, sino que es un tesoro quieto, estático, recibida posesión.

Los productores de la riqueza en la sociedad feudal, agricultores y artesanos consumen todo su precario ingreso: para ellos se trata de una economía de subsistencia en el umbral de rigor austero. Pero para todos hay una lograda correspondencia entre las necesidades subjetivamente experimentadas y los límites impuestos por el propio estamento a la satisfacción de esas necesidades: cada quien está en su puesto y sabe bien a qué atenerse. La idea central del ethos social en una sociedad semejante es la del sustento según la posición social. La desigualdad social es aceptada incondicionalmente en la esperanza de una reivindicación igualitaria en el más allá.

#### LA TRANSICIÓN HACIA EL ETHOS CAPITALISTA

De todos es conocido el proceso que da paso a la economía capitalista, y que nos han contado en dos versiones opuestas pero complementarias. Marx y Weber. El proceso económico y social propició la objetivación de un nuevo ethos, que a su vez estimuló el proceso socioeconómico. Los modos de atesoramiento antiguos, la guerra, la magia, el arrojío caballeresco, la simonía, la herencia... abrían paso a los nuevos modos de enriquecimiento: la libre y arriesgada iniciativa de los hombres industriuosos, la usura, la conquista de nuevas tierras y la piratería. En el terreno de la moral, progresivamente se abandona la idea de un orden social estático e inmutable y se abre paso un optimismo antropológico que pone en las virtudes del individuo —cualidades, ingenio— el fundamento y el límite de la movilidad social.

A nivel de los valores la transformación también es conocida. Apareció una raza de hombres alentados por nuevas valoraciones: el trabajo productivo como programa vital, la riqueza como fruto del trabajo y señal de la predilección divina, la racionalidad de la administración, el ahorro y la austeridad que despreciaban como indigno al despilfarro, al lujo y al consumo superfluo, la inmoralidad del tesoro quieto e improductivo, la diligencia, la moderación, el cálculo que se extiende al tiempo

como recurso útil... Las virtudes predilectas serían, pues, las virtudes económicas. En primer lugar, es claro, la laboriosidad. Sobre el ethos del trabajo se fundan a la vez la economía y la moral. Pero el trabajo ha de ser emprendedor, dinámico, industrioso. Al hacer crisis las visiones mítico-religiosas del mundo y la existencia, la creencia en la Providencia debe secularizarse: cada cual tiene que convertirse en su propia providencia; la previsión se convierte así en virtud central y, en relación con ella, el ahorro; no el ahorro atesorado y, por tanto, improductivo, sino el que se invierte en aumentar la producción. La austeridad y la frugalidad, el "ascetismo mundano", es también virtud muy importante; sin él el ahorro y la expansión de la producción, serían imposibles. Y ya en el límite de la moral, con la economía está la virtud de la buena administración, la acomodación de los gastos a los ingresos, en el justo medio entre la avaricia y la prodigalidad, buena administración que requiere la racionalización y tecnificación del cálculo económico. En fin, el orden, la puntualidad, el cuidado y la pulcritud son otras tantas virtudes que deben escoltar a las anteriores.

#### UN ETHOS DE LA FELICIDAD INTRAMUNDANA

En el fondo, la ética de la modernidad capitalista, ha sido una ética de la felicidad —y para entenderlo, más que mirar a Calvino hay que volver los ojos a Adam Smith y los economistas clásicos. Pero de la felicidad entendida como bienestar en el mundo: el único bien incuestionable. El sometimiento de la naturaleza obrado por la revolución industrial, y la expansión de las posibilidades de la razón en la ciencia minaron la credibilidad de las concepciones mítico-religiosas del mundo y la existencia. La moral tradicional ligada a esas concepciones —proponiendo una ética de la felicidad transhistórica— empezó a morder el pan amargo de la crisis.

En la mentalidad de la modernidad, el fin último de la felicidad se concreta y se alcanza mediante la riqueza —entendida dinámicamente<sup>1</sup>— y la libertad —fundamentalmente libertad de acción económica. El trabajo productivo es el espacio de realización de la existencia virtuosa, de aquí la identificación de "hombre virtuoso" con "burgués propietario

enriquecido con su propio esfuerzo". No es difícil entender cómo la ciudadanía, la condición de miembro cabal de la comunidad política, sería reconocida solamente a los propietarios.

Pero ese ethos de la austeridad laboriosa del primer capitalismo se vendría abajo con el desarrollo del sistema económico que tutelaba. El burgués virtuoso al modo calvinista está fuera de juego cuando la expansión de las fuerzas productivas del capitalismo imponen el consumo irrefrenable y desligado de las necesidades reales, para mantener en pie el valor fundamental: la maximización del beneficio económico. Si en el campo de la actividad económica escaseaban los escrúpulos ya en el primer capitalismo; en las etapas de desarrollo posteriores tenderán a desaparecer incluso de la esfera privada de la existencia.

Las diferencias fundamentales entre el orden moral de una sociedad tradicional y el ethos capitalista se cifran en un primer momento en la escisión de la moral individual y la moral social impuesta por el criterio de maximización del beneficio en la economía; los criterios morales quedan sustituidos por los de la eficiencia y rendimiento para la evaluación del desempeño económico. La bondad y rectitud personales del sujeto son irrelevantes en ese contexto. En un segundo momento, incluso los marcos éticos privados se relativizan y la búsqueda del bienestar tiende a desligarse de una moralidad de los medios.

#### LA NUEVA ESPAÑA DE INDIAS

Este recorrido nos ha aportado elementos para reflexionar sobre nuestro proceso histórico. La España que viene a nuestras tierras es la de la Reconquista: humanista, misionera y guerrera. Es una España de transición, los personajes que pasan a América, hidalgos, soldados, frailes evangelizantes, truhanes, hombres de corte, conquistadores... no son ni los personajes típicos del mundo feudal ni los adelantados del capitalismo.

El desarrollo del capitalismo hubiera hecho necesario transformar la tradicional mentalidad española, hidalga, guerrera y conquistadora, mucho más dada a las "hazañas" que a la "industria", más amiga de "los tra-

bajos" que del trabajo improductivo pero solemne y muy cuidadosa de las apariencias y reverencias, generosa y magnificente, reguladora de los gastos no por los ingresos, sino por las exigencias de la "representación"... en una mentalidad completamente diferente: aplicada a la producción de bienes útiles, emprendedora, pero ya no de hazañas, sino de industrias, obras públicas y relaciones comerciales, capaz de ahorrar, esto es, de acumular capital para reinvertirlo y suscitar así una economía en expansión, que no se limitase a atender a una demanda fija, tradicional, estancada, sino que al solicitar nueva demanda de bienes, se obligase a sí misma al aumento de producción y, con él, a nueva demanda de trabajo y subida de salarios.

No debe pasar desapercibido que el español venido a América tiene en común con el burgués de la primera hora ese modo de enfrentar la existencia que podemos llamar "*ethos de la subjetividad*", que se asienta en el descubrimiento del "individuo" y de la existencia individual como proyecto, a veces industrioso y a veces heroico. La aventura del burgués es una empresa individual; las hazañas del conquistador, del fundador de pueblos y doctrinas, del misionero o del regidor son escaladas individuales<sup>2</sup>. Ese individualismo es común al español de estas tierras y al burgués de Europa continental. La diferencia está en que la empresa individual del burgués pasa por el trabajo como transformación de la naturaleza; mientras que la hazaña del español se orienta a "merecer" ante el Rey; la España secundona cruza el océano para hacer fortuna no para producir, sino para hacer méritos y ser reubicada en los escaños de la dignidad.

La base de la riqueza de la Venezuela colonial está precisamente en los otorgamientos y encomiendas confiadas por el Soberano a sus caballeros por servicios prestados en esas tierras. Y las encomiendas y favores otorgados son el fundamento de las relaciones de dominación sobre indígenas y esclavos.

He dicho "riqueza" pero convendría ponerle sordina a la expresión: lo que hoy es Venezuela fue maldición de Welzer y mercantilistas que no encontraron metales preciosos y dieron por perdida esta colonia de tercera catego-

ría hasta mediados del siglo XVIII, cuando los vascos de la Guipuzcoana hicieron verdad un modesto Dorado de cacao. Sólo en ese momento se sale de la penuria y se puede empezar a pensar en una sociedad estamental: mantuanos, pardos, indios y negros... con sus respectivos cruces, en la que cada uno está en su puesto y se conforma con su suerte. Pero no fue por mucho tiempo, porque el ethos de la subjetividad sembrado por los conquistadores y aventureros estalló al abrigo de las ideas de la ilustración europea en la guerra de Independencia.

### LA EMANCIPACIÓN

El estallido de la subjetividad en la Independencia, revela un desajuste profundo de los modos de vida que requieren el cambio del horizonte social: salir del viejo mundo estático, ordenado, estamental, casi feudal. El producto romántico de ese estallido es el héroe, el prócer: individuo de virtudes cívicas probadas, sujeto de un esfuerzo improbable, pero sobre todo modelo inalcanzable al que se tributa rendida admiración en la conciencia de no imitarlo.

En el momento de la contienda emancipadora son dos los valores que guían el proceso sociohistórico: la libertad y la igualdad, pero no se piensa en valores con igual contenido para todos. Los mantuanos pretenden la igualdad con los peninsulares y luchan por la libertad de las trabas que les impone la metrópoli; la lucha por la igualdad y la libertad los enfrenta a los blancos peninsulares que ocupan los puestos de privilegio y representación de la metrópoli en la colonia. Pero para los pardos, que también luchan por la igualdad, el enemigo son los mantuanos y para los esclavos que luchan por la libertad y por la tierra para el pan, el enemigo también son los mantuanos amos de las haciendas. Por esto, las esperanzas y utopías mantuanas, las de los próceres, sólo se pusieron en marcha en la medida en que asumieron las aspiraciones de pardos y negros: a partir de 1816 el ejército libertador cuenta con base para hacer realidad la utopía, ahora popularmente ampliada.

Otra cosa es lo que pasó cuando la guerra de Independencia cristalizó finalmente en cambios del poder político. Con la república criolla no sólo murieron los sueños de unidad

americana, sino que quedaron frustradas las esperanzas de las mayorías; de carne de cañón, el pueblo pasó a masa desarraigada. Sin embargo, la guerra de la Emancipación que fue vivida en Venezuela con especial violencia, dejó definitivamente signado el ethos de la subjetividad criolla con un arraigado sentido del igualitarismo, nuestra cultura rechaza apriorísticamente todo principio discriminador<sup>3</sup>.

De cualquier modo, la herencia del ethos de la subjetividad queda asegurada en nuestra sociedad: *el conflicto con la realidad queda sublimado en modelos adaptativos o vías de liberación individuales*. Tal vez ese sea el humus del que procede esa religiosidad libre y sin dogmas —que a veces aparece como “sentimiento interior” y otras veces se extiende a la realidad cósmica ilimitada— propia de nuestra cultura. Y de modo semejante, otra vía de liberación, parecería ser esa moral sin normas, pero llena de sueños, de proyectos irrealizables, universalmente permisiva en la que la única constante es el sujeto y su más o menos patente rechazo de todo lo que encuentra en la realidad objetiva como límite de sus sueños prometéticos.

Por eso cuando las élites del pasado siglo se entregan al positivismo, en realidad crean un “positivismo criollo”, variopinto, tan antidogmático que no respeta ni siquiera los dogmas del mismo positivismo y en el cual si buscamos un denominador común entre los autores representativos, a duras penas reconoceremos sólo uno: el anticlericalismo.

### LA REPÚBLICA CRIOLLA DECIMONÓNICA

En la república criolla del siglo XIX domina la figura del caudillo: señor de la guerra civil provinciana que esquilma la tierra y el ganado y diezma a los pueblos con su belicoso proyecto de realización omnímoda de la subjetividad. Es la versión decimonónica del encomendero castellano del siglo XVI o del pícaro andaluz del siglo XVII. Su proyecto no incluye el trabajo productivo y la peonada hambrienta entra sólo como carne de cañón en la batalla de sus aspiraciones particulares.

El caudillo es el que arrebató. Sus seguidores son los “vivos” si se enrolan con el más fuerte. Está gestándose el “pájaro bravo”

criollo, que juega a ganador, que es leal a su señor —no importa quién, con tal de que suba y le deje ir pegado—, que gana y ni siquiera empata, sino que arrebata. Es el mundo del "avisado" en el que hay que saber ubicarse en el retrato y en el reparto. La diferencia con la sociedad colonial está en que antes al menos estaba el Rey para decidir el reparto. Ahora reina la rebatiña.

El siglo pasado es el de la guerra continua. El de los generales de campaña porque no existe la academia. Y la guerra es tiempo propicio para la subjetividad carismática, que no se sujeta a normas, que no acepta límites y que de ningún modo se somete a la organización racional.

El poder político encontrará su base precisamente en la guerra entre señores de la tierra. Pero es un poder que vive de espalda a la peonada, y rodeado de la "otra Venezuela", la de los comerciantes importadores y los doctores abogados, con los ojos puestos en Francia y a veces, incluso gobernando desde París. Los escuálidos excedentes de la agricultura ya desde entonces son asignados a las importaciones superfluas.

En las masas diezmadas por la guerra crónica se desarrolla un rechazo ciego a la violencia, al conflicto, al enfrentamiento. La ausencia de conflicto, más que la paz y la concordia que se edifican sobre la justicia, se convierte en anhelo fundamental. Creo que aquí hay que colocar el irenismo, esa pasión por la ausencia del conflicto, de la cultura criolla. Cantidad de veces se nos ocurre que determinadas tensiones se podrían resolver mediante el enfrentamiento conflictivo —nadie habla de violencias ni de guerras—, y sin embargo, esas tensiones nunca se resuelven porque jamás se llega a un enfrentamiento que pueda ser conflictivo. Se prefiere la tensión crónica a la resolución conflictiva.

Los elementos que van apareciendo permiten intuir la constitución de un ethos de acento subjetivo —en la subjetividad, no en la objetividad, de un orden normativo con valoraciones definidas—, que pone su realización no en el trabajo productivo ni en el esfuerzo racional, sino en la acertada ubicación en el marco de las relaciones de las que se pueden

derivar ventajas sociales. En ese contexto, los modelos altamente estimados son el héroe inalcanzable o los caudillos —que ya están completos.

Al frustrarse la subjetividad en su intento de alcanzar al héroe o al caudillo, necesariamente deriva hacia su correlativo: peonaje, lealtad como expediente existencial y cohecho como expediente estratégico, carencia de proyecto personal y social, necesidad de caudillo; necesidad de líderes, decimos ahora<sup>4</sup>. No debe pasar por alto que el contenido de sumisión implicado en estos expedientes aparentemente no hace cortocircuito con el arraigado igualitarismo. Una hipótesis al respecto diría que la contradicción es tolerada por la esperanza de ascenso social como premio a la sumisa lealtad.

La crónica frustración de las expectativas y aspiraciones ha impuesto como regla preferencial el "agarrando aunque sea fallo" que en palabras serias es la exacerbación de la subjetividad como disfrute instantáneo e inmediato de lo no producido. Este hecho se da a la mano con otro severo limitante de la consistencia ética: la incapacidad para diferir las gratificaciones, el rechazo del sacrificio como condición del disfrute, el bloqueo de la sublimación de las pulsiones más elementales.

#### LA MODERNIZACIÓN DE LOS NUEVOS TIEMPOS

Si los anteriores rasgos pueden ser preocupantes, se tornan angustiosos con la aceleración de las transformaciones sociales de la modernización en el presente siglo. A un mismo tiempo el petróleo se emplaza en puesto dominante del proceso económico y entra en crisis la agricultura. Y con la agricultura queda herida de muerte la Venezuela rural. Las ciudades se plagan de una población que no es artesana ni obrera. El petróleo permite absorber los nuevos ciudadanos —que no ciudadanos— como empleados pagados pero improductivos, además permite consumir más allá de las necesidades sin producir. En pocas palabras, permite vestirnos de postmodernos sin haber transitado por la industria<sup>5</sup>.

Evidentemente que ha habido individuos que se han incorporado al proceso de cons-

trucción de una economía nacional autosostenida y coherente con el ethos de la modernidad, pero importa entender que los determinantes del contexto son otros y hasta incluso estos "enclaves excepcionales" terminan funcionando según el esquema del conjunto.

Con los tiempos democráticos se exasperan las contradicciones, hay una auténtica revolución, no la social igualitaria y libertaria, anhelada por el pueblo desde hace un par de siglos al menos, sino la de las expectativas, de las ilusiones, de los deseos, de las necesidades. Al tiempo que se revolucionan las ilusiones, se disparan las cifras. Es preciso reconocer que el partido Acción Democrática es la palanca de la modernización de Venezuela: educación, salud, vitalidad, comunicaciones, aparato burocrático, etc. Pero estos treinta años de democracia han evidenciado la insuficiencia de la transformación sufrida por el país.

Hoy todos clamamos contra la corrupción y no parece haber un sustrato ético suficientemente consistente para hacerle frente más allá de las declaraciones verbales. Y aquí está el riesgo de que el discurso de la ética se convierta en un lugar común para el despliegue verbal y nada más. Los valores de la laboriosidad, racionalidad, productividad, no han encontrado suelo fecundo en nuestra cultura y ahora estamos amedrentados porque más allá de las proclamas populistas del gobierno, el proyecto de imposición, el modelo económico liberal, gana terreno sin reparar en víctimas ni costos sociales.

Entre el Estado y nosotros sólo están AD y Copei, nuestra sociedad civil carece de estructuras, asociaciones, lugares de encuentro, grupos organizados en los que los intereses de nuestras "subjetividades" se socialicen y empiecen a ser intereses colectivos. Cualquier atento lector de los clásicos de la sociología y en especial de Alexis de Tocqueville<sup>6</sup> sabe que el fundamento de la democracia son los grupos y organizaciones intermedias — atención, no los partidos políticos— dotados de una cierta permanencia, en los que se realiza el entronque de los individuos en la sociedad. La democracia no pasa de ser un proyecto irrealizable donde los hombres no tienen espacios de encuentro, de

asociación, de organización para el logro de mil propósitos diversos que no se esperan del Estado; espacios en los que se aprenden las reglas del juego político; espacios en los que se aprende a decidir, a organizar, a socializar los intereses particulares, incluso a fracasar y perder en el intento.

Mientras ese día llega, nos quedan los partidos políticos, que lejos de representar ideologías y proyectos, lejos de llenar ese espacio entre el Estado y el individuo son un ensamblaje de clientelas bastante parecidos a las hordas de Boves o Páez. Todavía están sin resolverse prácticamente las luchas por la libertad y por la igualdad que inició el pueblo venezolano a principios del siglo pasado y después de tres décadas de democracia, los partidos políticos son infinitamente menos democráticos que en 1958.

#### LA ANOMIA DE NUESTROS DÍAS

Nuestra situación actual podría ser caracterizada como de anomia<sup>7</sup>. Nuestra anomia, no sólo es carencia de normas; en nuestro caso tiene que ver con una situación casi secular en la que se ha perdido la relación entre los esfuerzos y los logros; entre los méritos y los premios; entre los crímenes y los castigos. Los premios son para los truhanes y pájaros bravos; los castigos son para los esforzados.

Más aún, premios y castigos se distribuyen según un inelástico patrón estratificado: se castiga a los individuos desprovistos de poder e influencia y se premia preferentemente a un panteón de vacas sagradas prácticamente inmutable. Por esto no puede sorprender que creatividad y brillantez desprovistas de poder e influencia no puedan hacer camino entre nosotros. Y es que no hay una pedagogía del premio ni del fracaso. Ud. se entera de que lo que hacía no gustaba, el día que le dan la carta de despido y si por el contrario le va bien, se sentirá tentado a atribuirlo a la fortuna, porque nadie le había dicho que lo hacía bien, ni se le indicaron patrones objetivos de referencia positiva.

Otro modo, tal vez más manejable, de plantear nuestra situación anómica tiene sabor sociológico: ese conjunto de actitudes y conductas que conspiran contra la cohesión y

armonía sociales, son la consecuencia necesaria de una situación en la que el acceso a las metas sociales ha quedado bloqueado.

Nuestra cultura ha demostrado una eficacia extraordinaria en la transmisión del éxito económico y el prestigio e influencia sociales como valores supremos, como metas incontestables para todas las clases sociales. Sin embargo, a la hora de proponer medios, canales, normas para alcanzar esos valores supremos sin deteriorar la convivencia, nuestra cultura no ha tenido nada consistente que ofrecer. Por una parte, el hechizo deslumbrante del valor supremo opaca y relativiza cualquier intento de propuesta en materia de medios o normas; por otra parte, la inconsistencia ética de nuestro sustrato cultural y su permisivismo acomodaticio dificulta el acento y la definición de medios y normas, finalmente, los medios y normas que la modernidad ha codificado como legítimos para alcanzar el éxito económico y el prestigio, se concentran en el trabajo productivo y la conducta racional-instrumental, pero ambos "medios legítimos" demuestran una eficacia errática entre nosotros: las más de las veces no garantizan la obtención de la meta.

Planteado el horizonte valorativo dentro de estas coordenadas, es preciso caer en la cuenta de que están sentadas las bases para que los fracasos en el logro de la meta no se achaquen a la estructura social, sino que el individuo se autoasigne la "culpabilidad" del fracaso; además hay aquí una vacuna contra los cambios estructurales, porque los individuos de las clases sociales más bajas tenderán a identificarse no con sus iguales, sino con los vértices de la pirámide social y finalmente, la aceptación universal de las metas, queda garantizada por la tácita sanción social informal a quienes no se acomodan a tales horizontes.

Los grupos medios están gravemente desorientados. Hasta hace poco el dilema era para ellos cómo ascender socialmente, ¿por la vía del esfuerzo o por la vía del rebusque? Hoy el problema se les plantea así: ¿cómo evitar el descenso social sabiendo que con el esfuerzo laborioso no basta?

Por su parte, las masas rurales y suburbanas son las más indefensas ante la imposición

de la meta universal del éxito económico y el prestigio, pero al mismo tiempo, las más alejadas de la posibilidad de acceder a canales tradicionalmente legítimos (estudios, trabajo técnicamente calificado, etc.) Con la profundización de la crisis se minan los fundamentos de la solidaridad mecánica de estas clases y se desata la guerra por la supervivencia, incluso dentro del propio barrio: una guerra que va del cobro de peaje a los vecinos a las balaceras nocturnas de los barrios de Petare donde las bandas se disputan la supremacía territorial en la distribución de la droga.

Por estos motivos en nuestra cultura la pregunta moral tiende a reducirse a consideraciones de eficacia cruda y no de legitimidad ética: ¿cuál de los medios a mi alcance es más eficaz para obtener éxito económico y prestigio? Los medios y normas entran en un proceso de desmoralización: la gente tiende a retirarles el apoyo emocional; desentenderse de ellos ya no produce culpabilidad ni remordimiento, son las reglas del juego impuestas socialmente. La presión dominante empuja hacia la atenuación gradual de los esfuerzos legítimos, pero en general ineficaces y el uso creciente de expedientes ilegítimos pero más o menos eficaces.

Planteadas así las cosas, el expediente estratégico dominante entre los miembros de los niveles económicos superiores es la astucia y el delito de cuello blanco: el "yo no pido que me den, sino que me pongan donde haya". En cambio, en niveles bajos, caracterizados por bajos ingresos y trabajos no especializados, las exhortaciones al comportamiento digno y honesto difícilmente pueden competir con las promesas de dinero y poder formuladas desde la acera de la delincuencia<sup>8</sup>. Cuando el sistema de valores culturales exalta, virtualmente por encima de todo lo demás, la meta del éxito económico y el prestigio para la población en general, mientras que la estructura social reduce severamente o simplemente bloquea el acceso a modos legítimos de alcanzar la meta a la inmensa mayoría de la población, es inevitable la conducta desviada en gran escala.

#### EL FAMILISMO AMORAL

Desde el punto de vista de la sociología de la ética, parecería posible inducir de nuestra

cultura una regla preferencial de conducta: *"maximizar las ventajas materiales inmediatas para mí y para mi estricto grupo primario de pertenencia, suponiendo que todos los demás harán exactamente lo mismo"*<sup>9</sup>. Sin pretender agotar con ello la explicación, se podría asumir como hipótesis que en una alta proporción de los casos posibles, en nuestra cultura los actores asumen esta regla preferencial de conducta. A partir de esta hipótesis se pueden desprender algunas implicaciones lógicas.

Esta regla explica cómo los individuos pueden mantener relaciones de lealtad y responsabilidad exclusivamente hacia el reducido núcleo o grupo primario de pertenencia y difícilmente hacia la colectividad de la que forman parte. También explica, al menos en parte, por qué quedan bloqueadas infinidad de iniciativas grupales orientadas al bien común. En una sociedad en la que priva la regla preferencial enunciada, nadie promoverá el interés del grupo o de la comunidad, excepto si ello beneficia a su interés particular. En otras palabras, la esperanza de ventajas materiales inmediatas será el único motivo para interesarse por los asuntos públicos.

La regla enunciada es consistente, así mismo, con la ausencia de asociaciones y organizaciones voluntarias al servicio de la comunidad, que son la base de sustentación de la democracia política<sup>10</sup> se presupone que quienes se dedican a propósitos comunitarios, en el fondo persiguen maximizar ventajas materiales para sí y sus validos; nadie asume responsabilidades comunitarias porque se estima que ya es bastante con las preocupaciones privadas para encima cargar con las públicas; además, se supone que quien asume responsabilidades comunitarias debe soportar frecuentes exigencias de favores y atenciones y debe dedicar su tiempo a atender necesidades ajenas, dejando de lado las propias. Consecuentemente, sólo los funcionarios públicos se ocuparán de los asuntos colectivos, pues sólo ellos son pagados para hacerlo.

El ciudadano que se interesa por los problemas colectivos es "mal visto" tanto por la burocracia competente en la resolución de tales problemas como por sus pares. Un ciudadano individual, podría interesarse en los problemas

de otro individuo, sin despertar sospechas<sup>11</sup>; la dificultad surge cuando los problemas a los que se atiende son colectivos. La burocracia competente reaccionará desconociendo el derecho o autoridad del ciudadano para elevar quejas o peticiones, porque considera que tales iniciativas son una indebida intervención en sus competencias; una intrusión extraña en la esfera del Estado. Esa convicción y sentimiento es refrendada por la arrogancia de los funcionarios. Sus pares, por su parte, sospecharán que en el fondo le mueven intereses inconfesados.

De modo semejante habrá muy poca vigilancia sobre el desempeño de los funcionarios públicos, pues hacerlo corresponde solamente a otros funcionarios. Los funcionarios sólo denunciarían casos de corrupción de sus subalternos. Si los casos se producen en otras dependencias burocráticas, aunque vinieran al conocimiento de tales funcionarios, éstos no los denunciarían porque "no son asuntos suyos". Aunque sea posible probar un caso de corrupción, un ciudadano no lo denunciaría porque probablemente terminaría siendo acusado y víctima, no existe confianza en los aparatos judiciales y se supone que los corruptos están en todas las áreas y tienen inmenso poder para impedir las acciones de los "honestos".

Quienes ocupan cargos al servicio de la colectividad, al no sentirse identificados con los propósitos de la organización, no trabajarán más de lo necesario para mantener los cargos, o si es posible, lograr promociones. Rendirán sólo lo el mínimo indispensable. No partirá de ellos la iniciativa de actualizarse o proveerse de recursos profesionales salvo en el caso de que reciban inmediatas ventajas materiales. Nada se podrá esperar de ellos fuera de los horarios o términos pautados de trabajo. Igualmente, carecerán del sentido del deber y del servicio. Es más, la posición lograda y el entrenamiento especial será considerado por sus poseedores como recursos para incrementar la propia ventaja sobre los demás.

Si la hipótesis enunciada es plausible, se entiende además que los sectores más débiles de la población favorezcan un régimen político que mantenga el orden con mano férrea. Y es que supondrán que tal régimen al hacer cumplir

rigurosamente la ley, protege a los débiles, a diferencia de un régimen no-autoritario, que se traduce en una situación en la que cada quien trata de sacar el mayor provecho con el menor sacrificio y en la cual los débiles siempre están en desventaja.

De modo semejante se entiende que organizaciones como los partidos políticos lejos de responder a marcos ideológicos, funcionen como sistemas de clientelas que administran ventajas materiales inmediatas entre sus afiliados y que el voto sea empleado por los electores para garantizar la mayor ventaja material inmediata. Aunque se tengan ideas muy claras sobre los intereses a largo plazo, los intereses de clase o el interés público, estas ideas no influirán sobre el voto si está en juego de algún modo una ventaja material inmediata para sí o para el núcleo primario de pertenencia.

Durante el proceso electoral, el elector no negará su apoyo verbal a ningún candidato que se lo pida y sin embargo a la hora de votar lo hará por el partido o candidato del que ha obtenido mayores ventajas materiales inmediatas. Los electores confiarán muy poco en las promesas de los partidos, utilizarán sus votos para pagar los favores ya recibidos (suponiendo que puede preverse su continuidad futura) más que los favores que están en estado de promesas.

La inconsistencia moral del candidato no afecta el voto de los electores si previamente el candidato ha prodigado ventajas materiales y se presenta como garantía de poder prodigarlas en el futuro. Por su parte, los candidatos o partidos de oposición recibirán el apoyo de los electores si llegan a convencerlos de que pueden realizar una obra material mayor o más rápidamente que el partido o candidato del gobierno. Sin embargo, se asume que cualquiera sea el grupo en el poder, será sectario y corrupto; escasamente se habrá concluido una elección cuando ya los electores estarán pensando que los nuevos funcionarios se están enriqueciendo a expensas de quienes los eligieron y que no tienen ninguna intención de realizar lo que prometieron. Por consiguiente, el elector orientado por sus propios intereses, utilizará su voto no para pagar los beneficios recibidos, sino los perjuicios, es decir, utilizará el voto para administrar castigo.

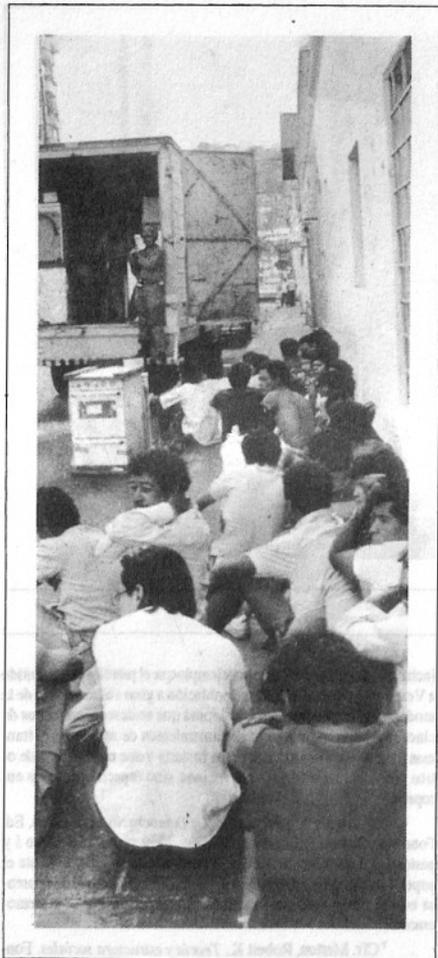
Incluso el elector puede castigar a un partido del que puede esperar más ventajas que de cualquier otro, siempre que esté convencido de que el partido ganará las elecciones a pesar de que él personalmente le retire el voto. Esto es posible gracias al voto secreto, que le permite saborear su venganza o sed de justicia, sin tener represalias. Hasta aquí las posibles implicaciones lógicas de la hipótesis del "familismo amoroso".

#### UNA ESPERANZADO ESPACIO PARA LA ÉTICA

¿Qué sentido puede tener hoy en Venezuela hablar de valores y de ética? El panorama trazado, cuando menos es desalentador. La hipocresía de nuestra sociedad está en exigir una moral para el sistema, cuando el sistema no tolera la moralidad.

Sin embargo, se nos entendería mal si se concluye en tono pesimista. Para un profesor de ética entre sociólogos la tarea más difícil es la de lograr que sus alumnos concedan que existen sujetos libres; que más allá de los condicionamientos psicológicos, sociológicos, políticos y culturales hay un espacio irrenunciable en el que cada uno hace de su capa un sayo, que se llama "libertad personal" y del que se puede esperar lo imprevisible, lo indeterminado, lo libre. El mito del determinismo sociológico —tan atacado en la teoría— enseñorea en las conciencias de nuestros colegas y discípulos, todo nos determina y la libertad —esa condición necesaria para la ética—, no existe realmente. Las ideologías de clase, los medios de comunicación social, la propaganda política, las multinacionales, etc... aparentemente se enseñorean de los sujetos y los vacían de libertad hasta reducirlos a la impotencia. Quien se atreve a afirmar que pase lo que pase hay un espacio en el que la gente puede conservar la serena posesión de sí misma, recibe miradas de perdonavidas. Lo curioso es que quienes afirman que estamos determinados desde afuera, parecen conocer el antídoto, porque sólo ellos han logrado "liberarse" de los determinismos.

Por mantener la mirada en los horizontes más vastos, el último año en la escena internacional no nos ha dado respiro para reponernos de sorpresas completamente imprevisibles. El curso de las cosas no estaba



La tarea de la ética entre nosotros hoy debería consistir en interpelar a la subjetividad de los individuos, en primer lugar para hacerles reconocer y recuperar la propia dignidad; en segundo lugar, interpelarlos para encauzar la propia existencia como productores de lo que necesitamos, no sólo de riquezas materiales, sino de riqueza espiritual, en tercer lugar, para redimir la subjetividad exacerbada en la intersubjetividad, es decir, en el encuentro con los otros en la comunidad, en la organización y todo esto, en cuarto lugar, para que se constituya el poder social que nace del encuentro de las voluntades en un proyecto de pueblo de libres e iguales, que no necesitan de caudillos porque responden de la serena posesión de sí mismos.

En la sociedad moderna, los derechos y su disfrute real no son "concesiones del monarca a fieles caballeros" sino conquistas de colectividades que conscientes de la propia dignidad están dispuestas a grandes sacrificios con tal de conquistar cuotas de vida más humanas. Por eso, la participación en las luchas y defensas de los derechos democráticos (sobre los ejes de igualdad y libertad) tiene que llegar a ser una virtud en el sentido clásico del término. La sobriedad que en los años de la abundancia parecía argumento de sermón, ahora la impone la situación y es la oportunidad para asumirla como "estilo ético", como virtud social.

La ética no sólo tiene sentido en la Venezuela de hoy, entendida y vivida como una propuesta de alcance político, sino que la misma ética es hoy una propuesta política. El proyecto político (¿cómo debe ser Venezuela?) será variable en la medida en que lo sea el proyecto ético (¿cómo debemos ser nosotros?).

El país ha llegado a la unanimidad plebiscitaria: se proclama la lucha contra la corrupción y se exige universalmente la honestidad y la dignidad. Hasta aquí las palabras. Lo que hace falta es arrojar la primera piedra, es decir, tomar opciones y decisiones personales. El rechazo libre y consciente de las conductas típicas de la situación amoral podría comenzar a romper el círculo vicioso perpetuado por nuestras estructuras. Quienes estén contentos con lo que son hoy, difícilmente pueden querer una Venezuela distinta. La ética personal es insuficiente para que cambie el país, pero es absolutamente necesaria.

fatalmente determinado. Décadas de propaganda ideológica del colectivismo de Estado en Europa Oriental han sido barridas en pocas semanas. En Perú todo el poder difusivo de la televisión estaba militantemente en campaña a favor de Vargas Llosa, el derrotado del otro día. ¿Por qué debe ser tan difícil entender que tal vez la gente un buen día, desde la sede de su irrenunciable libertad, decide cambiar lo que está viviendo? Lo que intento afirmar es que más allá de los diagnósticos sombríos sigue estando en manos de la gente el darle sentido a lo que quieren vivir y en este sentido hay un legítimo espacio para la ética entre nosotros.



Notas

<sup>1</sup> Primero, la riqueza del Estado entendida como acumulación de metales preciosos (Mercantilismo) con licencia para establecer monopolios, privilegios y bloqueos a la iniciativa de los individuos privados; más tarde, entendida como naturaleza, como tierra que produce la materia prima para la industria (Fisiocracia); luego, la riqueza de la Nación, entendida como enriquecimiento de los individuos orientados a la producción; finalmente, entendida como acumulación y objetivación del trabajo: el capital es ahorro invertido y el ahorro es el fruto del trabajo.

<sup>2</sup> Es el ethos de la subjetividad lo que en el fondo ocupa a todos los moralistas españoles de los siglos XVI y XVII, en las interminables discusiones acerca de la certeza moral de la conciencia.

<sup>3</sup> En vano se buscarán en Venezuela formas de trato reverente o modelos de interacción que expresen y consagren la sumisión de los subordinados que sin embargo son tan frecuentes en el resto de América Latina

<sup>4</sup> Mientras la sabiduría popular viene diciendo secularmente que "aquí hay más caciques que indios", la gente de corbata concluye los diagnósticos proclamando la necesidad de líderes: haría falta alguien a quien no le tiemble el pulso, que nos "tire línea" — para saber qué debemos hacer, que nos sirva de modelo ejemplar — para imitarlo — y nos conduzca para no equivocar el camino. Todo esto no deja de sonar a añoranza de caudillo.

<sup>5</sup> Es preciso prevenir contra esa visión moralista-compungida que cree encontrar en el petróleo la causa de todos los males y en cada uno de nosotros un cómplice culposo. En verdad, el petróleo tiene que ver tanto con nuestros males como con nuestros bienes —

incluso espirituales. Piénsese por ejemplo que el petróleo ha permitido a Venezuela poner al 90% de su población a girar en las esferas de la modernidad con todas las matizaciones que se deseen, en menos de cincuenta años, sin mayores derramamientos de sangre y sin traumas incurables. Para entender esto bastaría verse en el espejo de otros pueblos y no sólo nuestros vecinos, sino especialmente los europeos.

<sup>6</sup> Cf. Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969 parte 2 del Libro I y partes 2 y 3 del Libro II, donde el autor expone magistralmente el papel de los grupos intermedios organizados, así como el de la prensa escrita como auténticas condiciones posibilitantes de la democracia.

<sup>7</sup> Cf. Merton, Robert K., *Teoría y estructura sociales*. Fondo de Cultura Económica, México, 1970, pp. 140-168.

<sup>8</sup> De aquí la posibilidad de convertir el discurso ético en un lugar común absolutamente ineficaz.

<sup>9</sup> Es la regla preferencial de conducta en el tipo de sociedad definida por Edward C. Banfield como "familista amorosa". Cf. Banfield, E. C., *The Moral Basis of a Backward Society*. The Free Press of Glencoe, Illinois, 1968, cap. V. En esta sección seguiremos de cerca las ideas de Banfield.

<sup>10</sup> En general, se reconoce a las organizaciones y asociaciones voluntarias una función de propiciación de la movilidad social: quienes pertenecen a organizaciones y asociaciones voluntarias orientadas a "hacer el bien a la comunidad" se procuran ventajas (es decir, status, poder, prestigio, etc.) que poco tienen que ver con los propósitos comunitarios para los cuales existen esas organizaciones que sin embargo, son funcionales para la movilidad social. Pero asociaciones y organizaciones voluntarias no encuentran terreno propicio porque la mayoría de las gratificaciones individuales que se garantizan de este modo no se relacionan con ventajas materiales, o al menos no con ventajas materiales inmediatas.

<sup>11</sup> V. gr. podría ayudar a un anciano a obtener su jubilación.